

Los primeros dos días

El día jueves 19 de septiembre de 1985, a las 7:19 a.m., un sismo de 8 grados en la escala de Mercalli sacudió a la ciudad de México. Dos horas antes millones de trabajadores cruzaban 2500 kilómetros cuadrados para trasladarse a sus lugares de trabajo. De norte a sur, de oriente a poniente, en camión urbano, foráneo, pesera, metro, trolebús. A las 7 de la mañana muchos ya estaban trabajando o se preparaban para cambiar de turno, los estudiantes de universidades, preparatorias, secundarias y planteles técnicos ocupaban sus instalaciones y familias enteras comenzaban el despertar: baño, desayuno, preparar a los niños para la escuela... La cotidianeidad ponía en marcha sus mecanismos.

Un crujido inició el rítmico movimiento y su intensidad fue en aumento. Un minuto después cientos de edificios se golpeaban unos contra otros, muchos ya no existían. La ciudad trepidó, osciló, se onduló. La angustia, el pánico y terror de los 18 millones de capitalinos tuvieron diferentes grados de intensidad porque en los siguientes 120 segundos se derrumbaron grandes zonas, otras quedaron intactas.

En el centro, en las colonias Doctores, Roma, Narvarte, Juárez, Hipódromo-Condesa, Guerrero, Tepito, Peralvillo, Álamos, 20 de Noviembre, Obrera, Tránsito, Tabacalera, Santa María la Rivera, Lindavista, en Tlatelolco, San Antonio Abad y Xocongo, el terremoto se convirtió en tragedia. A la división geográfica, económica y social de la megalópolis se unió otra más dramática: los afectados y los no afectados, los que sabían y los que no tenían noticias de la magnitud del desastre.

Minutos después...

Un tumulto invadió las calles. En las zonas devastadas los sobrevivientes subían y bajaban montañas de escombros y gritando nombres, pidiendo ayuda. Los habitantes de los edificios y vecindades que quedaron dañados abandonaron sus hogares e intentaban sacar sus pertenencias. Los usuarios de todas las líneas del metro fueron desalojados y se sumaron al caos vial provocado por la falta de semáforos. Miles de capitalinos querían llegar a sus trabajos o dejar a los niños en la escuela, otros regresaban a sus casas para asegurarse de que su familia se encontraba bien o para enterarse de que habían perdido todo.

La multitud recorrió la ciudad y observó atónita el cambio ocurrido. Insurgentes Norte y Sur, el Eje Central, Avenida

Juárez, Hidalgo, Niños Héroes, Monterrey, Cuauhtémoc, Reforma, 20 de Noviembre, Mesones, Pino Suárez, Tlalpan y un sin fin de vías más quedaron obstruidas por los derrumbes, las grietas que dividían de un lado a otro las calles y los incendios y estallidos causados por las fugas de gas.

A las 7:30 de la mañana, cuando las radioemisoras dieron los primeros informes del desastre, surgieron voluntarios que se encargaron de dirigir el tráfico; otros se fueron, como pudieron, a las zonas afectadas para unirse a los que ya habían comenzado la labor de rescate. Porque ahí, entre las ruinas, sólo pasaron unos minutos de aturdimiento para que las familias, los amigos, cuates, vecinos y compañeros de trabajo reaccionaran ante los gritos de auxilio que salían de las montañas de varillas y cemento. Todos se unieron en un objetivo único: salvar a los atrapados en los escombros.

Las zonas devastadas o México sigue en pie

En el centro de la ciudad todo fue polvo, humo, ulular de sirenas y un penetrante olor a gas y quemado. Sus habitantes deambulaban por las calles mirando un paisaje totalmente desconocido. Del restaurante Super Leche y sus cuatro pisos de viviendas no quedó nada. Las instalaciones de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal y de la Secretaría del Trabajo se derrumbaron; tres pisos de la Central de Teléfonos se cayeron, el inmueble fue desalojado. Minutos después del sismo un rugido anunció el desplome del Hotel Regis. A su lado el edificio Salinas y Rocha apenas se mantuvo en pie; más tarde también se vendría abajo. La parte superior de la Lotería Nacional se derrumbó. Desaparecieron decenas de talleres clandestinos de ropa ubicados en José Ma. Izazaga, Fray Servando Teresa de Mier, Pino Suárez, 20 de Noviembre, Bolívar y varias calles más. En el edificio del Colegio Nacional de Educación Profesional (CONALEP) había estudiantes atrapados. Televisa perdió la torre y el edificio de Balderas, sus instalaciones de Arcos de Belén y Vértiz, en Chapultepec 18 la antena de canal 5 cayó sobre el inmueble; en Pino Suárez, donde se encontraba Radiópolis, los once pisos del edificio quedaron uno sobre otro. Radio Fórmula se derrumbó cuando el locutor del programa "Batas, pijamas y pantuflas" pedía calma a su auditorio. Una de las tres torres del Conjunto Pino Suárez quedó acostada sobre la avenida y el edificio del Fondo Nacio-

nal para el Consumo de los Trabajadores (FONACOT) atravesó la calle de Abraham González. Los hoteles Romano, Principado y De Carlo, el centro comercial Astor y la torre de Sears, los edificios de las Secretarías de Marina, Comunicaciones y Transportes, Agricultura y Recursos Hidráulicos, Protección y Vialidad y más y más construcciones públicas, talleres, comercios y viviendas quedaron destrozados.

En las colonias Morelos, Tepito, Peralvillo, Lagunilla, Guerrero, San Rafael y otras habitadas por familias de escasos recursos se perdieron miles de vecindades, talleres y comercios.

La Roma parecía una ciudad bombardeada, casi todos sus inmuebles quedaron afectados: los Televiteatros, los Cinemas Uno y Dos, la Universidad Chapultepec, la Secundaria 3, el Fideicomiso de Nafinsa y de la Coparmex, edificios del ISSSTE, oficinas de la Secretaría de Programación y Presupuesto en la calle de Colima, cuatro edificios entre Yucatán y Puebla, Tehuantepec 12, la Central Quirúrgica, el Hospital Dalinde, la Clínica Londres, el Hospital Santa y decenas de derrumbes en San Luis Potosí, Tonalá y Álvaro Obregón.

¿Por qué se caen los hospitales?

A las 9 de la mañana una muchedumbre rodeaba lo que quedó de la torre de ginecología y del edificio de residentes del Hospital General. En estas instalaciones de seis y ocho pisos respectivamente, edificadas en 1970 por la Comisión Constructora e Ingeniería Sanitaria de la SSA, quedaron sepultados decenas de mujeres a punto de parir, niños recién nacidos, estudiantes de medicina que desayunaban tranquilamente, pacientes en espera de consulta, médicos, enfermeras, personal administrativo y de intendencia.

Con las manos, cubetas, cacerolas y mantas, con lo que podían los empleados del Hospital quitaban piedra tras piedra. Después empezaron a llegar los familiares, amigos y voluntarios. Aparecieron martillos, palas, picos, mazos, pinzas, cincales, linternas y herramientas similares para hacer frente a las enormes losas. Se formaron largas cadenas de gente por donde pasaban ladrillos, piedras y pedazos de concreto. Cualquier grieta, agujero o hueco era una esperanza de entrar y rescatar a un sobreviviente.

El Centro Médico Nacional no corrió con mejor suerte. La Unidad de Ingeniería y Mantenimiento se derrumbó, todas sus instalaciones quedaron gravemente dañadas y los pacientes que no fallecieron por la impresión esperaban ser trasladados a otras clínicas del IMSS.

Los 12 pisos de la torre central del Hospital Juárez, construidos por el mismo organismo, se vinieron abajo. Ya era medio día y el caos reinaba en toda la zona cuando surgieron los líderes que se encargaron de organizar la operación hormiga. Recolectar cubetas, conseguir herramientas, formar cadenas. A los que llevaban horas escarbando con manos y uñas les dieron palas y picos. Cavar túneles, sacar cascajo, apuntalar, meter a los más delgados y pequeños por los angostos agujeros. Hombres y mujeres se convirtieron en topos. Trabajaron sin importarles que los enormes bloques de acero y concreto se les fueran a caer encima, sólo pensaban que la vida latía entre los escombros.

Así se formaron las primeras brigadas de salvamento que organizó la población civil, escenas que se repitieron en la mayoría de las zonas devastadas.

Los que no sabían

En las Lomas, el Pedregal, San Ángel, Tecamachalco, Coyoacán, Contreras, Olivar del Conde, Las Arboledas y otras zonas de la capital, casi todo volvió a la normalidad. Sin embargo, era extraño que el noticiero "Hoy mismo" del canal 2 saliera abruptamente del aire y que en "Desde temprano", del 13, no se transmitieran noticias de lo ocurrido.

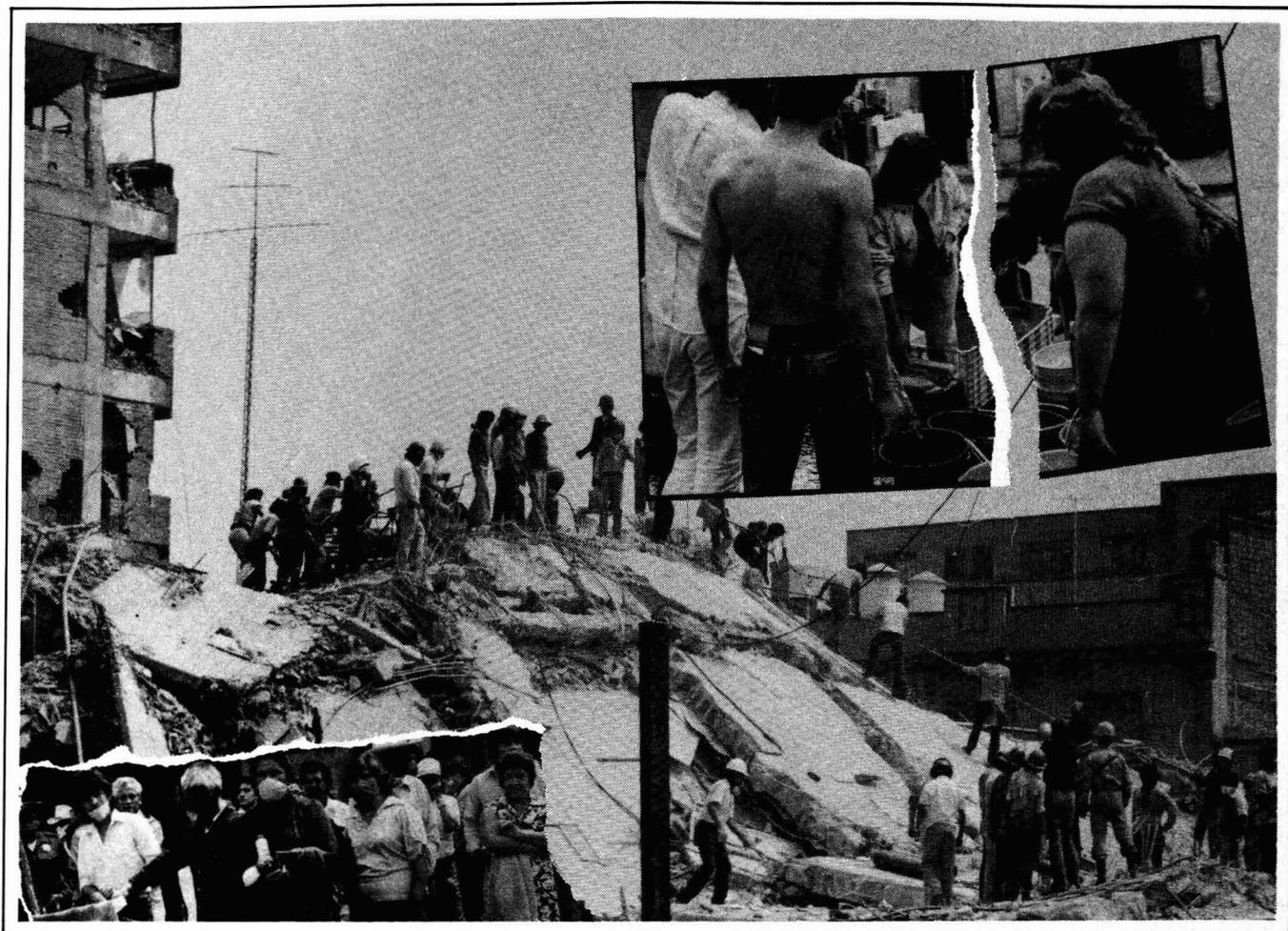
Después del susto lo primero fue comunicarse con la familia y los amigos; algunos tuvieron éxito pero en la mayoría de los casos no servían las líneas telefónicas. Entonces se recurrió a la radio para dar u obtener información: la familia Gómez Naranjo informa a sus familiares que se encuentra bien, la señora María del Carmen le ruega a su hijo Ernesto que se comuniquen con ella, el señor Daniel Sánchez informa a su esposa que todo está en orden, fueron los primeros mensajes del día.

Pasaba el tiempo y la necesidad de informar a los parientes o saber de ellos se fue haciendo urgencia. Los más desesperados, los que no contaban con teléfono ni luz y sólo se mantenían en contacto a través de la radio de pilas, salieron a la calle.

Poco a poco Canal 13 comenzó a dar información extraoficial, obtenida de los particulares que llamaban para decir lo que sabían sobre los sucesos. Desde las zonas dañadas los reporteros de la radio describían un panorama desolador: en la colonia Narvarte desaparecieron la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas y los 14 pisos del recién construido Instituto Mexicano de la Radio, el Multifamiliar Benito Juárez se vino abajo, la SECOFI se derrumbó, las fábricas de ropa de San Antonio Abad ya no existen, varios edificios de Tlatelolco se derrumbaron, hay miles de muertos por todos lados, la población se encarga del rescate de las víctimas... Para las 12 a.m., cuando Televisa regresó al aire transmitiendo desde sus instalaciones en San Ángel, la mayoría de la población sabía que el Distrito Federal estaba viviendo una de las mayores catástrofes de su historia.

Todo está bajo control

Después de recorrer la ciudad Miguel de la Madrid Hurtado, presidente de México, declaró a la prensa que "el gobierno federal está preparado para atender la situación de emergencia que vive la nación y permitir que la situación vuelva a la normalidad lo más pronto posible. Estamos preparados para atender esta situación y no necesitamos recurrir a la ayuda externa. México tiene los suficientes recursos y unidos, pueblo y gobierno, saldremos adelante. Agradecemos las buenas intenciones, pero somos autosuficientes", agregó. Ordenó que la Secretaría de la Defensa Nacional pusiera en marcha el plan DN III de auxilio a la población en caso de desastre y la creación de dos comisiones de emergencia. También giró instrucciones para que el Departamento del Distrito Federal se hiciera cargo del operativo.



Por su parte, el regente de la ciudad, Ramón Aguirre Velázquez, hizo un llamado a la población para que no saliera de sus casas, ya que esto sería de gran ayuda para que "el próximo lunes se tenga una imagen muy diferente a la actual en la ciudad". Ordenó el cierre de escuelas, cines y centros nocturnos, la suspensión de labores y prohibió la venta de bebidas alcohólicas. Aseguró que no se habían detectado filtraciones de aguas negras en los sistemas hidráulicos, pero recomendó hervir el agua para consumo doméstico. Agregó que se contaba con suficientes medicinas y pidió a los ciudadanos se abstuvieran de donar sangre porque estaba saturada la capacidad de recepción. También dijo que se darían toda clase de facilidades a los deudos que requirieran cubrir trámites legales para la defunción de sus familiares. Finalmente, el secretario de Gobernación, Manuel Bartlett Díaz, afirmó que "la situación en este momento es de absoluto control por parte del Gobierno de la República".

La población se une

A lo largo del día miles de ciudadanos se incorporaron a las tareas de rescate. Al edificio Nuevo León de la Unidad Nonoalco Tlatelolco llegaron montones de gente que conocían o no a sus moradores, rápidamente improvisaron albergues para atender a los pocos sobrevivientes que los hombres-topo habían logrado sacar. Con sábanas y mantas tapaban cadáveres y los colocaban en batería sobre las aceras. Otros

repartían agua, tortas y toda clase de alimentos que llegaban de los más alejados puntos de la ciudad, mientras consolaban a los deudos se enteraban de cómo cayeron los 13 pisos del inmueble, que el cuarto quedó al nivel del suelo y que cuando Banobras reparó el edificio les afirmó que era el más seguro de toda la ciudad.

A pie o en aventón la población se movilizaba para acudir a los lugares de desastre. Del contingente que avanzaba por Calzada de Tlalpan se desprendían voluntarios para ayudar en las ruinas de lo que fue el hotel Finisterre. Otros se enteraron de que muy cerca, en Miguel Ángel de Quevedo, se necesitaba su ayuda para rescatar a las alumnas del Instituto Cultural Don Bosco. Los que siguieron hacia el centro fueron detenidos por montañas de escombros que bloqueaban la avenida a la altura de San Antonio Abad. En el número 164 los siete pisos de la fábrica de ropa Kayser estaban hechos polvo, en el 150 once pisos del edificio donde se encontraba la empresa del mismo ramo, Amal, S. A., quedaron reducidos a tres. Ahí, como en muchos lugares, los brigadistas ponían en riesgo su vida rescatando a los atrapados. Además de la muerte de sus compañeras y la pérdida del trabajo, las costureras sobrevivientes se enfrentaron a la conciencia de que el dueño, al que habían dado muchos años de su vida a cambio de unos cuantos pesos mensuales, ya no sería, ni nunca fue, el buen patrón, y que a partir de ese momento las dejaría morir solas.

Atrás de la avenida, en Xocongo, el drama no fue menor. Decenas de edificios que albergaban oficinas públicas y mo-



ernos condominios estaban en el suelo. Mientras tanto, en la colonia Roma los habitantes del Multifamiliar Benito Juárez no se explicaban de dónde salían tantos hombres, mujeres, jóvenes y niños que ayudaban en las labores de rescate de los edificios A y C4 que, con todo y sus inquilinos, se vinieron abajo.

La ciudad de México desapareció del mapa

Con la destrucción de la Central Victoria, del Centro Telefónico San Juan y el incendio ocurrido a las 15:30 horas en la Torre de Telecomunicaciones de Xola, los servicios de larga distancia nacional e internacional, el télex y la telefonía dejaron de funcionar. El D. F. quedó aislado del país y del mundo. Los radioaficionados fueron los primeros en dar a conocer el desastre y lo que hasta ese momento había sido un hobby se convirtió en medio invaluable de comunicación al interior y exterior de México.

Sin tener noticias veraces de lo ocurrido, en varios lugares de los Estados Unidos y Europa se decía que la ciudad había desaparecido del mapa. En provincia la información que llegaba a través de la radio y T.V. provocó pánico entre los habitantes que hacían toda clase de esfuerzos para comunicarse con sus familiares de la capital. También inició el movimiento solidario de la población, personas que se preparaban para venir y ayudar en lo que fuera, familias que comenzaban a reunir medicinas, ropa y alimentos para sus compatriotas en desgracia.

Oscuridad

Esa noche fue una de las más negras de la historia de la ciudad. Seguramente muy pocos capitalinos pudieron conciliar el sueño. Los que se quedaron sin hogar durmieron en la vía pública y el miedo a que se repitiera otro temblor hizo que cientos de personas acompañaran a los damnificados en su pernoctar. En las zonas de desastre continuaba la labor de rescate: los bomberos luchaban contra el incendio que acabó con las esperanzas de salvar vidas en el hotel Regis; el Hospital General también era sacudido por las llamas; a las tres de la mañana una explosión incendió el ala norte del Hospital Juárez, donde se encontraban muchos sobrevivientes sin lesiones mayores que, por falta de maquinaria, no habían podido ser evacuados. Las familias de las víctimas no se movieron de los derrumbes, en tiendas de campaña aguardaban noticias de sus seres queridos. El resto de la ciudad, la mayoría sin luz eléctrica, esperaba en silencio la luz del día.

Sigue la operación hormiga

A pesar de que el ejército ya había puesto en marcha el plan DN III y acordonado el centro de la ciudad y otras zonas de emergencia, el viernes 20 la actividad de la población comenzó muy temprano. Taxis, peseras, automóviles particulares y camiones de Ruta 100 llevaban heridos a los hospitales, iban y venían de los centros de acopio organizados por la po-

blación a los lugares de desastre, a las delegaciones y albergues. Los mensajes ocupaban la programación de la radio y televisión: en el edificio Tehuantepec número 12, colonia Roma, se solicita con urgencia sangre tipo A positivo y medicinas; la familia Solís informa a sus familiares en Torreón, Coahuila, que urge se trasladen a la capital; se necesitan a la menor brevedad grúas y equipo pesado, medicinas y ropa en Bruselas número 8, colonia Juárez; el señor Ibarra pone a disposición de los damnificados su casa ubicada en Tabachines número 20, Xochimilco, comunicarse al teléfono 6734020, repetimos 6734020. Hacemos un llamado urgente a la ciudadanía para que acuda a donar sangre. Hacemos un llamado urgente...

Los jóvenes participaban con una energía inaudita en todas las actividades, las mujeres instalaban campamentos con enormes cazuelas de comida y alimentaban a los voluntarios, les daban agua hervida y los animaban para continuar. Cada sobreviviente que era sacado con vida provocaba gritos, aplausos y porras en las enormes cadenas de gente que seguían quitando piedra tras piedra con las manos. De la provincia llegaban voluntarios, entre ellos un grupo de 20 mineros sonorenses que traían cortadoras de concreto y fierro, detonadores, dinamita y todo el equipo necesario para comenzar a trabajar. En la aduana les quitaron todo, pero no los pudieron regresar; se quedaron a realizar las tareas más pesadas.

El temblor no pudo con la burocracia

Fueron innumerables las llamadas que reportaban personas desaparecidas a todas las instituciones y centros de información. La familia y los amigos continuaron con un penoso peregrinar para localizar a los extraviados. Del Xoco a la Cruz Roja, después al Hospital Militar, de ahí a las delegaciones y albergues, de nuevo al 20 de Noviembre, váyase al 1o. de Octubre, aquí no está, busque en La Raza, se lo llevaron a Lomas Verdes, ¿ya fue al Rubén Leñero? La incertidumbre de saber si estaban vivos o muertos hizo que familias enteras formaran largas colas en el Parque Delta, el de Coyuya y delegaciones que se convirtieron en grandes morgues. Entre hielo seco, olor de cuerpos descompuestos y formol, la gente recorría hileras de muertos identificando a los suyos. A los que no fueron reconocidos los enterraron en fosas comunes en los panteones Dolores y Lorenzo Tezonco.

En otras partes de la ciudad el malestar social hacia sus primeras manifestaciones. Los habitantes de colonias como Tepito y Morelos se quejaban de que no habían recibido ninguna ayuda; en el centro denunciaban robos cometidos por las autoridades; en Tlatelolco se escuchaban voces airadas que injuriaban contra Fonapo y Sedue; el rumor de que los hospitales dañados iban a desaparecer provocó indignación entre los trabajadores de estas instituciones; en San Antonio Abad y otros talleres de ropa clandestinos que se cayeron, los nombres de Elías Serur, José Ases Abud, Samuel Bissú y las marcas Pierre Cardin, Tamjy, Creaciones Coquí, Simonette, Originales Nelly, Ropmex, Elizabeth King, Nina Rubin, Confecciones Infantiles, Annable, Maxel y Bruzette pasaban de boca en boca. El pulso de la ciudad latía cada vez más fuerte.

¡Dios, por favor, ya no!

A las 7:38 p.m. otro temblor de 6.5 grados en la escala de Richter provocó pánico en la capital. Las labores de rescate se detuvieron, los habitantes de las zonas colapsadas abandonaron sus casas, la gente corría para todos lados, lloraba, gritaba, rezaba. La televisión informó que no había reportes de nuevos derrumbes, pero decenas de inmuebles se vinieron abajo. Minutos después el presidente de México dirigió, por primera vez, un mensaje al pueblo: "El gobierno de la república y los gobiernos de los estados hemos reaccionado al máximo de nuestros esfuerzos y capacidades. Infortunadamente -lo tengo que reconocer- la tragedia es de tal magnitud que nos ha rebasado en muchos casos... La verdad es que frente a un terremoto de esta magnitud, no contamos con los elementos suficientes para afrontar el siniestro con rapidez, con suficiencia." El estado aceptó la ayuda internacional. El pueblo recibió con beneplácito la noticia, pero apenas iniciaba la pesadilla, en los siguientes días la población se enfrentaría a los abusos, el desabasto, la falta de servicios, la muerte... también comenzaba otra batalla: la guerra contra el olvido.

-Incierto el número de muertos y damnificados.

-Los mariachis callaron... Se derrumbó el edificio de San Camilito, atrás de la Plaza Garibaldi.

-No se suspenderá el Mundial de 1986, México continúa con los preparativos.

Azteca y CU, intactos, informa un comunicado oficial a la FIFA.

-Canceló el FMI Créditos a México.

-Se cayó el World Street mexicano, la calle de Uruguay.

-En las ruinas de la Procuraduría encuentran los cadáveres de cuatro colombianos salvajemente torturados.

-No existe la tortura en México: Victoria Adato de Ibarra.

-Llega la ayuda internacional, 20 países se solidarizan con México.

-El Papa envía 500 mil dólares a los damnificados.

-Limpian hospitales, Nancy Reagan visita a México.

-Dos motines en el Juárez, los familiares creyeron que iban a dinamitar el inmueble.

-Continúan los hallazgos: de la cajuela de un carro sacan el cuerpo amordazado y torturado del penalista mexicano Saúl Ocampo Abarca.

-La mayoría de los edificios colapsados fueron construidos en los últimos 25 años.

-No hay peligro de epidemias, afirma el director del IMSS.

-Los comerciantes especulan con los alimentos, la tortilla a 400 pesos el kilo.

-Se construirá el Centro Médico del Siglo XXI; Ricardo García Sáinz.

-Al desnudo, la concentración excesiva de servicios.

-Más de mil planteles educativos quedaron dañados en la capital.

-De aquí nadie nos mueve: damnificados de Tepito.

-El D. F. regresa a la normalidad, afirma Ramón Aguirre.

-40 mil costureras sin empleo: 200 talleres se derrumbaron, 500 más están dañados. ◇